

Albert Bandura • Emilio Ribes Iñesta

Modificación de conducta

análisis
de la agresión y la
delincuencia

BIBLIOTECA TÉCNICA DE PSICOLOGÍA

trillas 

Albert Bandura

Análisis del aprendizaje social de la agresión

Este artículo se preparó gracias al contrato de investigación M-5162 del Servicio de Salud Pública del Instituto Nacional de la Salud, de los Estados Unidos. Parte del material que contiene fue tomado de A. Bandura. *Aggression: A Social Learning Analysis*, Prentice-Hall, 1973.

LAS EXPLICACIONES psicológicas de la agresión se han ocupado en mucho de actos lesivos individuales que son motivados aversivamente. En la mayoría de estos modelos la agresión no sólo se atribuye a un conjunto reducido de instigadores, sino que también se suponen limitados sus propósitos. Se considera que herir y destruir son actos satisfactorios de por sí y, por tanto, ahí reside el propósito primordial de la conducta agresiva. Como la agresión tiene muchos determinantes y diversos propósitos, las formulaciones teóricas en función de instigadores que frustran y propósitos lesivos poseen escasa capacidad explicatoria (Bandura, 1973). El aprendizaje social brinda una teoría general que pretende ser lo bastante amplia como para abarcar las condiciones que regulan todas las facetas de la agresión, sea individual o colectiva y sancionada personal o institucionalmente.

En este análisis se define a la agresión como la conducta que produce daños a la persona y la destrucción de la propiedad. La lesión puede adoptar formas psicológicas de devaluación y de degradación lo mismo que de daño físico. Aunque el daño es la propiedad cardinal que define a la agresión, se vincula también a procesos de clasificación social, determinantes de que los actos perjudiciales probablemente se juzguen de índole agresiva. La conducta destructiva puede ser clasificada como agresiva o de otra manera, según juicios subjetivos de si fue intencional o accidental. El mismo acto será juzgado de modo diferente conforme a varios factores, entre ellos el sexo, la edad, el nivel socioeconómico y los antecedentes étnicos del atacante. Los valores propios de los clasificadores afectan también a la manera en que ciertas actividades son interpretadas en la vida cotidiana.

Comúnmente las personas no agreden de maneras directas y conspicuas que pudieran originar el riesgo de represalias. En lugar de ello, tienden a atacar a otros de modo que, para protegerse de contrataques, la responsabilidad por sus acciones lesivas se diluya o quede oculta. Las consecuencias perjudiciales que más preocupan a la sociedad, a menudo son causadas remota, indirecta e impersonalmente. De ahí que, por ejemplo, quienes apoyan prácticas sociales, física y psicológicamente con efectos nocivos conocidos para los demás, desde su especial punto de vista se

encuentren ejerciendo prerrogativas democráticas, pero las víctimas, que deben soportar las consecuencias nocivas, consideran que aquellos se están conduciendo agresivamente. Los científicos sociales han estudiado en todos sus detalles la conducta de ataque directo, pero raras veces han considerado los actos indirectos y lejanos, que producen las consecuencias perjudiciales más extendidas.

Las discusiones sobre la clasificación de actos agresivos adquiere importancia especial en el caso de la conducta colectiva. La manera como se caracteriza la protesta coercitiva determina parcialmente las contramedidas empleadas, que pueden tener efectos de largo alcance. Cuando los desafíos colectivos se clasifican como ilegales, surgen las medidas de contracontrol coercitivo, al paso que si se clasifican como protestas legítimas en contra de prácticas injustas o dolosas, lo más probable es que se hagan esfuerzos para realizar reformas sociales.

Problema relacionado con las consideraciones anteriores es el del uso de una norma doble para juzgar la agresión como disidente o como sancionada institucionalmente. A las dependencias gubernamentales se les confía un gran poder de coerción destinado a la protección de la ciudadanía. Quienes consideran que sus intereses sociales y económicos están salvaguardados por el sistema, aplauden las prácticas represivas que mantienen el control social; por lo contrario, los disidentes que persiguen cambios sociales a través de la presión colectiva ven en las contramedidas coercitivas, tomadas por los agentes de control, actos agresivos, con los que se intenta más bien preservar el *statu quo* que proteger imparcialmente el bienestar de todas las capas de la sociedad. Cuando el autor de la agresión es la autoridad sancionada, tal comportamiento es justificado atribuyéndolo a celoso cumplimiento del deber, pero si es un individuo común, quien por propia iniciativa comete los ataques, lo más probable es que sea juzgado por sus actos de violencia. En terrenos de conflicto social, la violencia de un hombre es otra virtud social. Aun la más somera revisión de los procesos de clasificación social sugiere que un análisis totalizador de la agresión exige una perspectiva más amplia que la que suele encontrarse en los enfoques psicológicos al problema.

Una teoría completa de la agresión puede explicar la manera de

desarrollarse los patrones de agresión, lo que provoca que las personas se conduzcan agresivamente, y lo que mantiene sus acciones agresivas. Los determinantes de estos tres aspectos distintos del fenómeno se resumen en la figura 11.1 y se discutirán posteriormente.

ANÁLISIS DEL APRENDIZAJE SOCIAL DE LA AGRESIÓN

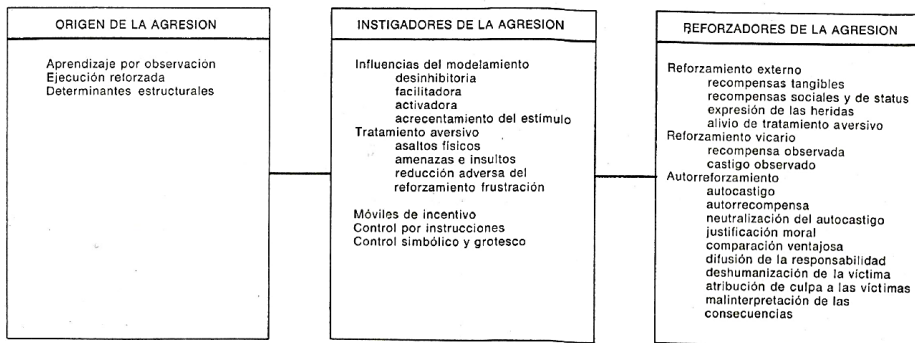


FIGURA 11.1. Diagrama que describe los orígenes, los instigadores y los reforzadores de la agresión dentro de la teoría del aprendizaje social

LA ADQUISICIÓN DE LOS MODOS AGRESIVOS DE CONDUCTA

Las personas no nacen con repertorios prefabricados de conducta agresiva; deben aprenderlos de una u otra manera. Algunas formas elementales de agresión pueden perfeccionarse con un mínimo de enseñanza, pero las actividades de índole más agresiva —sea entablar un duelo con navajas, liarse a golpes con un enemigo, combatir como soldado o aplicar el ridículo como venganza— exigen el dominio de destrezas difíciles que a su vez requieren de extenso aprendizaje. Las personas pueden adquirir estilos agresivos de conducta, ya sea por observación de modelos agresivos o por la experiencia directa del combate.

Pero los nuevos modos de conducta no se forman únicamente a través de la experiencia, sea directa u observada. Obviamente, la estructura biológica impone límites a los tipos de respuestas agresivas que pueden perfeccionarse y la dotación genética influye

en la rapidez a la que progresa el aprendizaje. Al mismo tiempo, los determinantes biológicos de la agresión varían entre especies. Los animales deben confiar en su “armamento” biológico para combatir con éxito. El hombre, por su parte, con la capacidad para usar armas destructivas y con el poder organizado de las cifras, depende cada vez menos de sus características físicas para lograr sus metas de agresión.

Aprendizaje por observación

Las conductas que las personas muestran son aprendidas por observación, sea deliberada o inadvertidamente, a través de la influencia del ejemplo. Observando las acciones de otros, se forma en uno la idea de la manera cómo puede ejecutarse la conducta y, en ocasiones posteriores, la representación sirve de guía para la acción. La investigación de laboratorio se ha ocupado principalmente del aprendizaje por observación de acciones agresivas específicas; sin embargo, los modelos pueden enseñar también lecciones más generales. Observando la conducta de los demás, puede uno aprender estrategias generales que proporcionen guías para acciones que trasciendan los ejemplos concretos modelados (Bandura, 1973).

Por varias razones, la exposición a modelos agresivos no asegura automáticamente el aprendizaje por observación. En primer lugar, algunas personas no sacan gran provecho del ejemplo porque no observan los rasgos esenciales de la conducta del modelo. En segundo lugar, la observación de la conducta de un modelo no influirá mucho en las personas si éstas se olvidan de lo observado. Las influencias del modelamiento pasado alcanzan algún grado de permanencia cuando pueden representarse a manera de imágenes, palabras o cualquier otra forma simbólica (Bandura, Grusec y Menlove, 1966). El ensayo mental constituye otra manera de retener lo que ha sido aprendido por observación. En informaciones muy realistas aparecen con frecuencia pruebas de los efectos estabilizantes del ensayo mental. Los autores de algunos asesinatos múltiples extrajeron la idea de descripciones de crímenes de este tipo. El suceso permanece en ellos, grabado vividamente, mucho tiempo después de que otros lo han olvidado; y lo recuerdan y

elaboran repetidas veces hasta que, en condiciones de instigación adecuadas, les sirve de base para cometer otro crimen análogo (*New York Times*, 1966). Aunque las representaciones simbólicas de actividades modeladas se desarrollen y retengan, la realización conductual puede verse impedida porque el individuo no posea las capacidades físicas o los medios para ejecutar las actividades de agresión necesarias.

En la teoría del aprendizaje social se distingue entre adquisición de conductas con potenciales destructivo y lesivo y los factores que determinan si una persona ejecutará o no lo que ha aprendido. Esta distinción es muy importante porque no todo lo que se aprende se realiza. Las personas pueden adquirir, retener y poseer la capacidad para actuar agresivamente, pero tal aprendizaje rara vez se expresará si la conducta no tiene valor funcional para ellas o si está sancionada de manera negativa. Si en lo futuro llegan a presentarse los móviles adecuados, los individuos pondrán en práctica lo que han aprendido (Bandura, 1965; Madsen, 1968). Al predecir la ocurrencia de la agresión debiera atenderse más a las condiciones que predisponen que a los individuos predispuestos. Dado que se hayan aprendido modos de conducta agresiva, las circunstancias sociales determinarán en gran parte si se pondrán en práctica o no. En una sociedad moderna hay tres fuentes principales de conducta agresiva que reciben atención en grados variables. Se discuten en seguida estas diferentes influencias de modelamiento.

Las influencias familiares. Fuente preeminente de la agresión es la modelada y reforzada por los miembros de la familia. Los investigadores que han estudiado los determinantes familiares de la agresión antisocial informan de que hay una incidencia mucho mayor de modelamiento agresivo familiar en el caso de muchachos delincuentes que de muchachos normales (Glueck y Glueck, 1950; McCord, McCord y Zola, 1959). Otra prueba de que la violencia familiar engendra estilos violentos de conducta se halla en las semejanzas que se dan en las prácticas de abuso para con los niños a través de varias generaciones (Silver, Dublin y Lourie, 1969).

Pero la mayor parte de los jovencitos que cometen ataques no tienen padres que hayan realizado crímenes violentos. En las familias de la clase media que producen vástagos propensos a la violencia, el modelamiento de la agresión paterna usualmente

adopta formas menos obvias. Los padres de tales niños favorecen las soluciones agresivas a los problemas aunque es preciso aclarar que sus acciones rara vez se extienden hasta el terreno de la ilegalidad (Bandura, 1960; Bandura y Walters, 1963). En el contexto de las prácticas disciplinarias es en donde los niños reciben de sus padres los ejemplos más vívidos de la manera de influir en la conducta de los demás. Los padres que propician los métodos de dominación tienen hijos que tienden a valerse de tácticas agresivas semejantes para controlar la conducta de sus compañeros (Hoffman, 1960). Hay pruebas de que padres, por otra parte, desadaptados, a menudo fomentan modos agresivos de respuesta modelando orientaciones agresivas, pero no en el terreno de los hechos sino en el de la palabra y de las actitudes (Johnson y Szurek, 1952).

Las influencias subculturales. Si bien las influencias familiares desempeñan un papel muy importante al conferirle dirección al desarrollo social, la familia está inextricablemente unida a otros sistemas sociales. La subcultura en que reside una persona y con la cual tiene contactos repetidos constituye otra importante fuente de agresión. No es nada sorprendente que las tasas más elevadas de conducta agresiva se encuentren en medios en donde abundan los modelos agresivos y en donde se considera que la agresividad es un atributo muy valioso (Short, 1968; Wolfgang y Ferracuti, 1967). En estas subculturas agresivas el estatus se gana principalmente realizando hazañas de combatiente.

En consecuencia, el análisis precedente se refiere al entrenamiento subcultural en estilos agresivos de conducta no aprobados por la mayor parte de la sociedad. Las sociedades, en su mayoría, mantienen agencias sociales elaboradas a las cuales asignan oficialmente las funciones de entrenamiento en agresión. Entre éstas se incluyen las empresas militares con sus muchos subsistemas de apoyo. Los establecimientos militares pueden, en un periodo relativamente breve, transformar a personas que han sido educadas dentro de la tradición de que matar es un acto deplorable y moralmente reprobable, en combatientes diestros que experimentan poco remordimiento y quizá hasta se sientan orgullosos al destruir una vida humana. Cambios tan radicales tienen consecuencias más profundas para las explicaciones de la agresión que las acciones de atacantes individuales o de grupos

juveniles que residen en funestos vecindarios.

La tarea de convertir a hombres socializados en combatientes eficaces se logra sin necesidad de alterar ni sus estructuras de personalidad ni sus pulsiones ni sus rasgos. Lejos de ello, esa tarea se realiza atribuyéndole propósitos morales elevados al arte de la guerra y al entrenamiento intensivo en las difíciles técnicas del combate. El entrenamiento consiste en demostraciones y prácticas repetidas de ataques en contra de blancos simulados, hasta que se logra la eficiencia necesaria. Durante todo este proceso, los reclutas son sometidos a pruebas de obediencia y castigados duramente por actos de indisciplina.

Los soldados retoman a la vida civil sin antes pasar por un proceso de resocialización en el que aprendan a refrenar sus capacidades agresivas o donde recuperen el respeto por la vida humana; sin embargo, la gran mayoría regresa inmediatamente a sus sistemas de valores y de reforzamiento anteriores y se conduce de manera pacífica y considerada. El logro de cambios tan marcados en lo que respecta a la conducta destructiva a través de sanciones morales, sin necesidad de grandes cambios en la persona proporciona el testimonio más notable de que los determinantes de agresión humana se hallan más bien en las prácticas sociales.

Modelamiento simbólico. Gran parte del aprendizaje social ocurre por observación casual o directa de modelos de la vida real; sin embargo, los estilos de conducta pueden ser transmitidos a través de imágenes y palabras lo mismo que a través de acciones. Los estudios comparados demuestran que, en realidad, los patrones de respuesta transmitidos, ya sea gráfica o verbalmente pueden ser aprendidos por observación casi tan bien como los presentados a través de demostraciones sociales (Bandura y Mischel, 1965; Bandura, Ross y Ross, 1963a).

La tercera fuente de conducta agresiva radica en el modelamiento simbólico que proporcionan los medios de comunicación masiva, especialmente la televisión, tanto por su indiscutible predominio como por lo vividamente que retrata los acontecimientos. El advenimiento de la televisión expandió grandemente la clase de modelos al alcance del niño en desarrollo. Mientras que sus progenitores, especialmente los de los hogares de la clase media, tenían oportunidades limitadas de observar

agresiones brutales, los niños modernos han presenciado innumerables apuñalamientos, golpizas, agresiones a puntapiés, estrangulamientos, asaltos y formas menos gráficas pero igualmente destructivas de crueldad, antes de alcanzar la edad para asistir al kínder. Así pues, tanto niños como adultos, independientemente de sus antecedentes e instalados cómodamente en sus hogares, tienen oportunidades ilimitadas de aprender del modelamiento televisado estilos de enfrentamiento agresivo y la gama total de conductas delictuosas. En estudios de campo controlados se ha demostrado que la exposición a la violencia televisada fomenta la agresividad interpersonal (Parke y colaboradores, 1972; Stein, Friedrich y Vondracek, 1972; Steuer, Applefield y Smith, 1971). No es nada raro que a las personas se les presenten móviles apropiados para imitar actividades criminales después de haber observado estilos ingeniosos en los medios masivos de comunicación (Bandura, 1973).

La influencia del modelamiento simbólico es más notable en el moldeo y propagación de la agresión colectiva. El contagio social de nuevos estilos y tácticas de agresión se conforma a un patrón que caracteriza a los cambios transitorios de muchos otros tipos de actividades que también se propagan por contagio: la conducta nueva se inicia con un ejemplo preeminente; se propaga de manera rápida como enfermedad contagiosa; se adopta ampliamente y luego se descarta, en favor de una forma nueva que sigue un curso similar. Las soluciones modeladas que alcanzan cierto grado de éxito para resolver un problema determinado no sólo se adoptan ampliamente y se aplican a dificultades semejantes, sino que también tienden a propagarse a otras clases de problemas. Los movimientos en favor de los derechos civiles, modelados después de que Gandhi inició la resistencia pasiva, proporcionaron a su vez el ejemplo para otras campañas de protesta tendientes a suprimir injusticias y prácticas sociales injustas. El modelo de protesta colectiva como medio para provocar reformas sociales se extendió al movimiento en contra de la guerra y, de aquí, a los grupos marginados, como los chicanos, los indios, los homosexuales y las mujeres.

La turbulenta década de los sesenta proporciona muchas otras ilustraciones del rápido contagio del estilo de la agresión colectiva. El movimiento de protesta pasiva, realizado en la Universidad de

Berkeley, sirvió de modelo para el método de “quedarse sentado” como forma de protesta en las universidades de todo el país. Al pacífico quedarse sentado lo suplantaron formas cada vez más violentas, que llegaron hasta las interrupciones belicosas de las funciones universitarias, y, por último, a la destrucción parcial de los edificios. Después de un mitin efectuado en Nueva York, en el que trabajadores de la construcción golpearon a grupos de manifestantes en contra de la guerra, se sucedieron por toda la nación ataques a estudiantes, realizados por obreros (*hardhatters*) .¹

El secuestro de aviones proporciona otro ejemplo vivido del crecimiento y disminución rápidos de la agresión modelada. La piratería aérea era desconocida en los Estados Unidos, hasta que en 1961 ocurrió el secuestro de un avión comercial que fue llevado a la Habana. Antes de este suceso, se había presentado una racha de secuestros, de aviones de Cuba a Miami. A estos incidentes siguió una ola de secuestros tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo, que alcanzó su punto culminante en 1959, en que fue secuestrado un total de ochenta y siete aeroplanos. Posteriormente, los secuestros disminuyeron, pero continuaron propagándose a otros países, hasta que la piratería aérea se volvió relativamente común (fig. 11.2). La noticia de un ingenioso secuestrador, que extorsionó a los pasajeros de un aeroplano y luego huyó saltando en paracaídas con gran cantidad de dinero, revivió transitoriamente un fenómeno que en los Estados Unidos ya estaba en franca desaparición, pues hubo quienes se inspiraron en el éxito del ejemplo mencionado (*San Francisco Chronicle*, 1971).

En Brasil se inició una nueva forma de negociación política colectiva, cuando fue secuestrado un embajador de los Estados Unidos y, más tarde, liberado a cambio de la libertad de presos políticos. Esta práctica se propagó rápidamente por toda Latinoamérica a medida que cónsules y embajadores eran secuestrados en Argentina, Brasil, Guatemala, Uruguay y la República Dominicana para ser liberados a cambio de la libertad de presos políticos. Después de Sudamérica, los disidentes políticos de Canadá, España y Turquía se unieron también a la práctica de los

¹ Trabajadores que usan casco. [*N. del T.*]

secuestros de cónsules.

Hay varias explicaciones opcionales aplicables al descenso abrupto de la agresión por contagio. En primer lugar, los blancos de la agresión toman contramedidas eficaces. Conforme los secuestros de aviones iban en aumento, las compañías aéreas implantaron procedimientos de identificación para disuadir a los presuntos secuestradores.

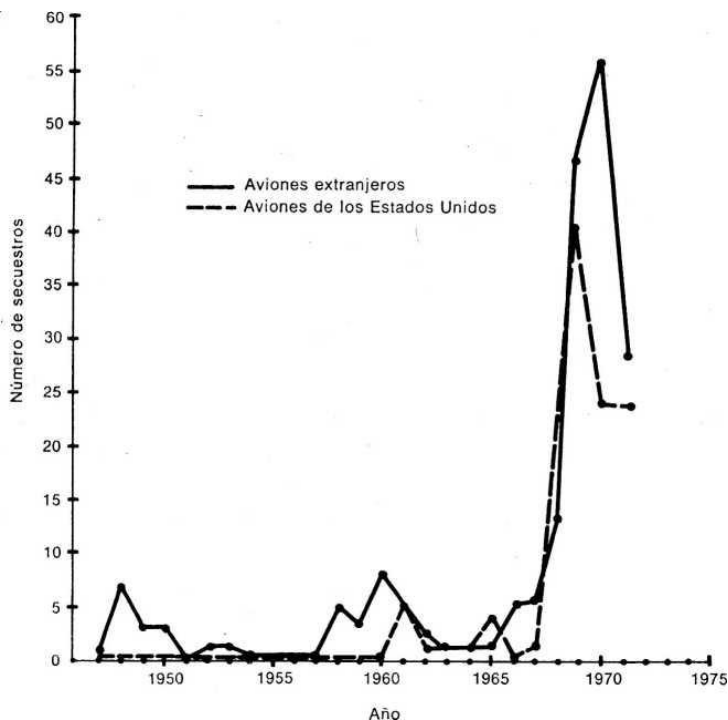


FIGURA 11.2. Incidencia de secuestros aéreos en un periodo de 25 años. En el extranjero la mayor incidencia de este tipo de delito fue de 1949 a 1950, en la época de la rebelión de Hungría. De 1958 a 1961 vino otro periodo de gran incidencia con los secuestros de aviones de Cuba a Miami. De 1969 a 1970 esta clase de secuestros súbita y ampliamente se propagó a un total de 55 países diferentes.

De la misma manera, las autoridades universitarias mejoraron sus métodos de contracontrol valiéndose de mandatos judiciales y de nuevos procedimientos jurídicos, basados en la experiencia

repetida de tratar con las acciones de grupos coercitivos. Al mismo tiempo que son modeladas ampliamente las prácticas agresivas, surgen los métodos de contracontrol. En segundo lugar, las discrepancias entre las consecuencias previstas y las experimentadas desempeñan importantísimo papel al determinar los cursos futuros de la agresión. La observación directa y las informaciones sobre agresiones en masa se limitan casi siempre a los episodios dramáticos, pero no a las largas horas intermedias de aburrimiento y fatiga. Lo que se ve de los grupos en acción transmite generalmente un sentimiento de camaradería y de entrega absoluta en lugar de la tensión de las presiones hacia la conformidad, el sentimiento de aislamiento que acompaña a vivir apartado de la comunidad y el desaliento que surge cuando no se logra la realización de cambios fundamentales.

Quienes se lanzan a la realización de actividades de protesta, movidos principalmente por la excitación que revisten estos actos acaso deserten después de experimentar en sí mismos todas las consecuencias de sus esfuerzos. En tercer lugar, un estilo distinto de conducta pierde rápidamente su valor positivo a través del uso excesivo. Cuando se emplean repetidamente la misma retórica y las mismas tácticas, las actividades de protesta adoptan la cualidad de escenificaciones largamente ensayadas en lugar de expresiones genuinas de un principio. A medida que la retórica trillada reduce la autenticidad de los líderes, las excitativas de éstos tienden a ser consideradas más bien como manipulaciones y cada vez hay mayor resistencia a cumplirlas. Algunos de los seguidores más idealistas terminarán por desilusionarse ante los usos del poder dictados no por consideraciones morales, sino por necesidades estratégicas.

El aprendizaje por experiencia directa

Rara vez se enseñan conductas sociales que nunca son ejemplificadas por otras personas. Aunque las influencias del modelamiento están universalmente presentes, los patrones de conducta pueden ser modelados también por una forma de aprendizaje más rudimentaria, que se funda en recompensar y castigar las consecuencias de ejecuciones de ensayo y error. Pocos son los trabajos experimentales que se han hecho para modelar nuevas formas de agresión tan solo por reforzamiento diferencial. Sería

temerario que se les enseñara a los reclutas la manera de manejar armas de fuego o lanzar granadas de mano, reforzando selectivamente sus ensayos y sus errores. Cuando las consecuencias de cometer errores pueden ser peligrosas o mortales, la demostración, en lugar de las experiencias sin guía, constituye la mejor manera de enseñar.

Aprender a luchar a través de la experiencia misma ha sido explorado en grado limitado en experimentos con especies inferiores, planeados para convertir a animales dóciles en feroces combatientes (Ginsburg y Allee, 1942; Scott y Marston, 1953). Se logra este resultado preparando una serie de combates con adversarios cada vez más expertos, en condiciones en que el aprendiz puede luchar y ganar sin ser herido. Conforme se desarrolla y refuerza por victorias repetidas la habilidad para luchar, los animales, originalmente pacíficos, llegan a mostrar conductas cada vez más agresivas. Pero si las peleas triunfales producen agresores brutales, las derrotas severas crean pacientes mansedumbres (Kahn, 1951).

Patterson, Littman y Bricker (1961) publicaron un estudio de campo que ilustra la manera cómo niños pasivos pueden ser convertidos en agresivos mediante un proceso en el que desempeñan el papel de víctimas y posteriormente contratacan con resultados exitosos. Los niños pasivos que una y otra vez eran víctimas, y cuyos contrataques a menudo resultaban eficaces cuando los oponentes no lo eran, no solamente incrementaron la eficacia de la conducta de luchar a la defensiva sino que, finalmente, comenzaron a iniciar por sí mismos los ataques. Por otra parte, los niños pasivos que rara vez eran maltratados porque evitaban a los demás, y los que hacían contrataques ineficaces, conservaron sus conductas sumisas.

Las influencias del modelamiento y del reforzamiento operan conjuntamente en el aprendizaje social de la agresión en la vida diaria.

Los estilos de agresión son aprendidos en gran parte por observación y posteriormente perfeccionados a través de la práctica reforzada. Los poderosos efectos que estos dos determinantes ejercen sobre la forma y la incidencia de la agresión se revelaron gráficamente en informes etnográficos de sociedades que perciben

la belicosidad como forma de vida y los que muestran estilo pacífico de conducta. En culturas en que se desalienta y menosprecia la agresión interpersonal la gente vive apaciblemente (Alland, 1972; Levy, 1969; Mead, 1935; Turnbull, 1961). En otras sociedades, en que se proporciona gran cantidad de entrenamiento en agresión y esta constituye un índice de la importancia o el valor personal, abundan las amenazas, las luchas, las mutilaciones y los asesinatos (Bateson, 1936; Chagnon, 1968; Gardner y Heider, 1968; Whiting, 1941).

INSTIGADORES DE LA AGRESIÓN

Una teoría debe explicar no únicamente la manera cómo se adquieren los patrones de agresión, sino también la forma en que se activan y canalizan. La mayor parte de los acontecimientos que hacen que la gente agrede, como son los insultos, los desafíos verbales, las amenazas en contra del estatus, el tratamiento injusto y las acciones provocadoras adquieren esta capacidad de activación, no por la notación genética del individuo, sino a través de experiencias de aprendizaje. La gente aprende a detestar y a atacar a ciertos tipos de individuos. Tal aprendizaje puede consistir en encuentros desagradables con aquellos o bien en experiencias simbólicas y vicarias que suscitan odio; pero los estímulos también llegan a desempeñar funciones de encauzar la agresión, asociándose con las consecuencias de respuestas diferentes. Cuando se trata a la agresión de manera diferente según los momentos, los lugares o las personas hacia las cuales se dirigen, tales indicios informativos vienen a significar consecuencias probables; y la gente regula su conducta de acuerdo con éstas. Tiende a agredir a personas en contextos en que es relativamente seguro y satisfactorio hacerlo, pero se muestra poco dispuesta cuando el riesgo de castigo es elevado. Las diferentes formas que adoptan los instigadores de la agresión se discuten por separado en las secciones siguientes.

Influencias del modelamiento

Gran parte de la conducta humana está bajo el control de estímulos de modelamiento. Por consiguiente, una manera eficaz de que la gente sea inducida a agredir consiste en que haya otros que lo

hagan.

Los resultados de gran número de estudios de laboratorio muestran generalmente que así los niños como los adultos realizan más ataques después de ver que otros actúan agresivamente que cuando no se exponen a estos modelos agresivos (Bandura, 1973; Goranson, 1970). El poder suscitador de las influencias de modelamiento aumenta en condiciones en que los observadores están enojados (Berkowitz, 1965; Hartmann, 1969; Wheeler, 1966), cuando la agresión modelada está justificada socialmente (Berkowitz, 1965; Meyer, 1971), y cuando la víctima misma suscita el ataque por asociación previa con la agresión (Berkowitz, 1970). Los hallazgos de los estudios de laboratorio han sido corroborados esencialmente en experimentos de campo bien planificados. Las personas que están expuestas repetidamente a modelos belicosos tienden a ser físicamente más agresivas en sus interacciones sociales, que los que observan estilos pacíficos de conducta.

La teoría del aprendizaje social distingue cuatro procesos mediante los cuales las influencias de modelamiento activan la conducta agresiva. Un modo de operación se da en razón de la *función discriminativa* de las acciones modeladas. En muchos casos, conducirse como los demás es satisfactorio porque los modos prevalecientes han dado pruebas de ser más funcionales, al paso que otros cursos de acción son menos eficaces e incluso podrían ser desaprobados. Por consiguiente, a través de la asociación con reforzamientos pasados, los actos modelados terminan por servir de indicios informativos para que otros se conduzcan de modo similar. La conducta agresiva, especialmente cuando es cruel y carente de justificación, es censurada socialmente, si no es que condenada por la propia persona, y el castigo previsto ejerce influencia restrictiva sobre la conducta lesiva. Ver que la gente responde con aprobación o incluso con indiferencia a los agresores comunica la impresión de que tal conducta no es únicamente aceptable, sino incluso esperada en esa situación. La misma agresión modelada es mucho más eficaz para reducir las restricciones cuando es socialmente legítima, que cuando se le considera injustificada. Además, se ha visto que la exposición a modelos que despliegan actividades amenazantes, sin que haya de por medio consecuencias adversas, tiene efectos desinhibitorios sobre los observadores, pues extingue vicariamente

los temores de estos (Bandura, 1971a). En lo que respecta a la conducta agresiva considerada como competitiva y, por consiguiente, libre de restricciones, el modelamiento agresivo es ante todo de carácter instigador, aunque desempeñe una *función desinhibitoria* en el caso de la conducta lesiva que provoca temores. Como la agresión incurre comúnmente en elevados costos de castigo, es probable que intervengan a la vez los procesos de instigación y desinhibitorio. Ver que otros agreden genera *activación emocional* en los observadores. En condiciones en que los individuos están propensos a conducirse agresivamente, cualquier fuente de despertamiento emocional puede acrecentar el responder agresivamente (Tannenbaum, 1972; Zillman, 1971). Algunos de los efectos instigadores del modelamiento pueden reflejar perfectamente la facilitación emocional de la conducta agresiva.

El modelamiento agresivo puede incrementar además la probabilidad de la conducta agresiva a través de sus efectos de *intensificación del estímulo*. Las actividades modeladas dirigen inevitablemente la atención de los observadores hacia los instrumentos específicos que estén siendo usados. Esta influencia encauzadora de la atención puede ocasionar que los observadores se valgan en grado mayor de los mismos instrumentos, aunque no necesariamente de modo imitativo. En un experimento (Bandura, 1962), por ejemplo, los niños que observaron que un modelo aporreaba una figura de plástico con un mazo emplearon más tiempo en golpear otros objetos con ese mismo instrumento que los que no observaron tal acción. En resumen, la totalidad de las pruebas revela que las influencias del modelamiento, según su forma y contenido, pueden desempeñar funciones de enseñanza, de productores, de desinhibidores, de acrecentadores de estímulos y de excitadores emocionales.

Tratamiento aversivo

La frustración, ampliamente catalogada como causa principal de agresión abarca tantos conjuntos de condiciones que ha dejado de tener significado específico. Hay todo un conglomerado de pruebas de que la aplicación de castigos dolorosos, la privación o la demora de recompensas, los insultos personales, las experiencias de fracaso

y las obstaculizaciones, todo lo cual se considera frustraciones, no tienen efectos conductuales uniformes (Bandura, 1969). Aun el mismo tratamiento puede producir distintas respuestas a intensidades diferentes y según historias de aprendizaje diferentes. Los acontecimientos heterogéneos incluidos bajo el rótulo totalizador de frustración sí tienen una propiedad en común: *todos son aversivos en grados variables*.

En la teoría del aprendizaje social, en lugar de que la frustración genere una pulsión agresiva que pueda reducirse únicamente emitiendo conducta lesiva, el tratamiento aversivo crea un estado general de activación emocional que puede facilitar toda una variedad de conductas, según los tipos y la eficacia de las respuestas que la persona haya aprendido para enfrentarse al *stress* (Bandura, 1973). Sometidos a la adversidad, hay quienes buscan ayuda y apoyo; quienes incrementan sus esfuerzos de logro; quienes prefieren retirarse y resignarse; algunos agreden; otros experimentan intensa reactividad somática; otros más todavía se “anestesian” a sí mismos en contra de una existencia miserable con drogas o con alcohol; y la mayoría intensifica sus esfuerzos constructivos para vencer las fuentes de aflicción. Las diferencias principales entre las teorías instintiva y de la pulsión agresiva y las del aprendizaje social residen en la forma como conceptualizan el componente motivacional de la agresión; estos tres tipos de teoría se describen gráficamente en la figura 11.3. Varios tipos de pruebas, revisadas detalladamente en otra parte (Bandura, 1973), confieren mayor validez a la formulación de *respuesta prepotente- activación* que a la concepción *agresión-frustración*.

Supuesto que diferentes formas de estimulación aversiva tienen a menudo efectos conductuales distintos, en el análisis del aprendizaje social la conducta lesiva se relaciona con diferentes clases de antecedentes aversivos.

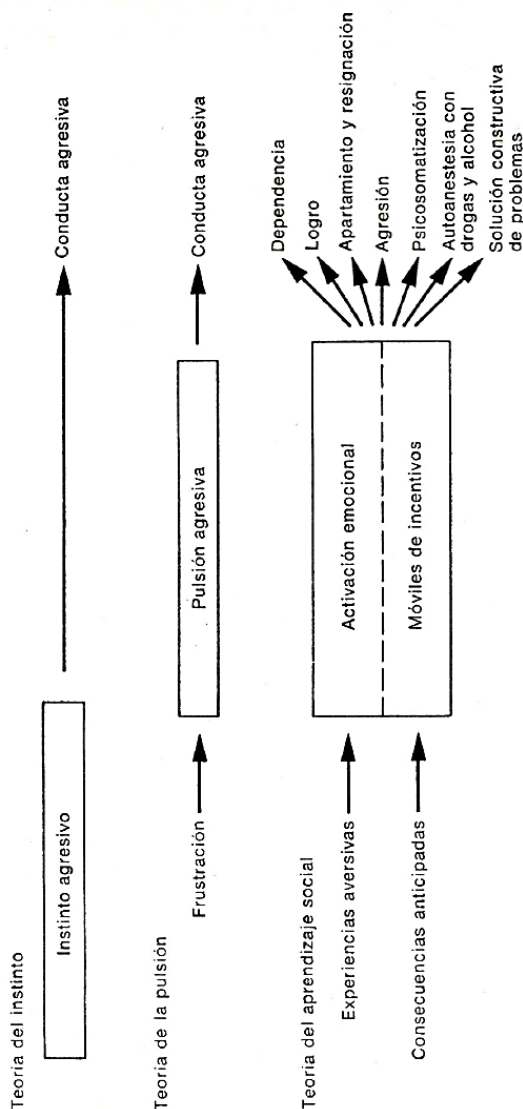


FIGURA 11.3. Diagrama que representa los determinantes motivacionales de la agresión en las teorías del instinto, la pulsión reactiva y del aprendizaje social.

Ataques físicos. Si uno desea provocar una agresión, una manera de hacerlo consiste simplemente en golpear a otra persona, quien probablemente se verá obligada a contratacar. En la misma medida en que la contragresión desalienta ataques posteriores, también resulta reforzada por la reducción del dolor y con ello adquiere gran valor funcional en las interacciones sociales. Si bien las contingencias que ocurren naturalmente favorecen el establecimiento de una fuerte relación de agresión-dolor, es materia de controversia si esto es innato o adquirido.

Azrin (1967) y Ulrich (1966) son los principales expositores de la concepción nativista de que la agresión inducida-dolor es conducta refleja no aprendida. Pero a medida que se estudian más detalladamente los determinantes de las reacciones de ataque-dolor, éstas comienzan a perder sus estatus de reflejo. Si acaso, los animales muy rara vez luchan cuando chocan entre sí, a menos que posean experiencias previas de pelea, y en algunos estudios los choques producen pocas o ningunas peleas en 20 o 30% en los animales maduros (Hutchinson, Ulrich y Azrin, 1965; Powell y Creer, 1969). Si la agresión es una respuesta dominante y no aprendida al dolor, entonces los choques iniciales debieron producir ataques, y este no es el caso general (Azrin, Hutchinson y Hake, 1963). Al contrario de lo que afirma la hipótesis de la producción refleja, cuando a las respuestas de ataque suceden choques eléctricos, la estimulación dolorosa reduce y elimina la agresión en lugar de provocarla (Azrin, 1970; Baeninnger y Grossman, 1969). Las pruebas más notables de que las reducciones de la agresión-dolor están determinadas más por factores de la situación que por la organización innata está en el hallazgo de que en un recinto pequeño aproximadamente el 90% de los choques provoca peleas, mientras que en una cámara más grande los animales se desentienden unos de otros y solamente el 2% de los choques provoca ataques (Ulrich y Azrin, 1962). Conforme se eliminan del ambiente los móviles de lucha, las respuestas de evitación y de huida a los tratamientos dolorosos adquieren prioridad sobre las respuestas de ataque (Knutson, 1970; Logan y Boice, 1969). Las experiencias de dolor físico son de carácter facilitador pero desde luego no suficientes para provocar la agresión de los animales.

La estimulación dolorosa es incluso un productor menos consistente de la agresión en los seres humanos. Las fuentes no sociales de dolor rara vez conducen al ataque de los circunstantes. Que una persona contrataque o no cuando es atacada físicamente es algo que depende de su éxito en combates anteriores y del poder de los asaltantes. Los que han tenido éxito en controlar a la gente mediante el uso de la fuerza aumentan constantemente sus contrataques para provocar aquiescencia (Edwards, 1967; Peterson, 1971). Dadas otras opciones, los agresores débiles son disuadidos fácilmente de realizar contrataques mediante amenazas de represalias.

Amenazas e insultos verbales. Lo más común es que los intercambios sociales de amenazas e insultos verbales terminen por convertirse en agresión física. Al analizar los intercambios bivalentes de los individuos propensos a realizar ataques, Toch (1969) encontró que las afrentas que humillan y las amenazas a la reputación y al estatus de viril surgen como los precipitantes principales de la violencia. La mayor susceptibilidad de aquellos a la devaluación estaba comúnmente acompañada de destrezas suficientes para resolver discusiones y restaurar la autoestimación por medios verbales, sin tener que recurrir al enfrentamiento con sus antagonistas. Los contrataques ocasionados por ataques físicos probablemente son instigados más por la humillación que por el dolor físico. En realidad, no es nada raro que los individuos, e incluso las naciones, tengan que pagar grandes indemnizaciones por perjuicios en un esfuerzo por “guardar las apariencias” combatiendo victoriosamente.

Por sí solo, el insulto es menos eficaz para provocar ataques en quienes evitan las agresiones, pero aumenta la agresividad cuando hay de por medio modelamiento hostil u otras influencias desinhibitorias (Hartmann, 1969; Wheeler y Caggiula, 1966). En subculturas en que la jerarquía social está determinada por hazañas de combate, las amenazas al estatus, ocasionadas por antagonistas del propio grupo o de grupos ajenos, provocan rápidas respuestas de agresión defensiva (Short, 1968).

La explicación más plausible de la manera cómo los insultos adquieren potencial de producir agresión sería en términos de consecuencias previstas. Las afrentas que no fuesen contrarrestadas

exitosamente podrían tener efectos de largo alcance para las víctimas. No sólo se volverían blancos más fáciles de posteriores agresiones, sino que también serían más susceptibles de perder las recompensas y los privilegios que acompañan a la posición social. En la medida en que a través de contrataques, se castigan los insultos y, con ello, se reduce la probabilidad de maltrato futuro, la reacción de agresión-insulto llega a quedar bien establecida.

Reducciones adversas del nivel de reforzamiento. Las condiciones aversivas de la vida pueden provocar también que la gente emprenda acciones agresivas. Las explicaciones de la agresión colectiva suelen fundarse en la depauperación y el descontento que surgen de las privaciones como factores causales primordiales; pero como la mayoría de la gente descontenta no agrede, el punto de vista de que el descontento engendra violencia exige ser revisado. Este punto queda perfectamente ilustrado en las interpretaciones que se dan de los disturbios urbanos que ocurren en zonas en donde existen *ghettos*. A pesar de que condenan sus condiciones de vida degradantes y de explotación, relativamente pocos de quienes las padecen toman medidas activas para provocar cambios legales. La gran mayoría de los marginados no participan en protestas públicas e incluso en ciudades en donde ocurren manifestaciones civiles, únicamente, cerca del 15 al 20% de los residentes en *ghettos* participan activamente en actividades agresivas (Lieberson y Silverman, 1965; McCord y Howard, 1968; Sears y McConahay, 1969).

El punto crítico que los científicos sociales deben resolver no estriba en por qué algunas de las personas sometidas a condiciones agresivas agreden sino, más bien, por qué una considerable mayoría acepta vivir en condiciones pésimas en la confluencia de cursos de vida distintos. Recurrir sencillamente a la hipótesis de la agresión-frustración, como comúnmente se hace, equivale a pasar por alto los testimonios más notorios de que la privación severa produce por lo general sentimientos de desesperanza y servilismo masivo. El descontento generalizado puede convertirse en una causa necesaria, pero no suficiente, de la agresión colectiva.

Los estudios comparados indican que el descontento produce agresión no en quienes han perdido la esperanza, sino en los miembros de la sociedad que han logrado resultados más favorables

y cuyos esfuerzos positivos en favor del mejoramiento social y económico han resultado reforzados periódicamente; en consecuencia, tienen razones para esperar que la acción coercitiva provoque más cambios sociales (Caplan, 1970; Crawford y Naditch, 1970).

En lugar del nivel real de condiciones aversivas como instigador de la agresión colectiva, las explicaciones actuales de las protestas violentas hacen hincapié en la privación relativa. Con un análisis de las condiciones que han precedido a las grandes revoluciones, Davies (1969) informa de que las revoluciones tienen más probabilidad de ocurrir durante un periodo de avances sociales y económicos que inculca en los miembros de la sociedad expectativas crecientes y al que sigue un duro revés. La gente no sólo juzga su provecho presente en relación con lo que ha obtenido en el pasado; también compara su éxito en la vida con los beneficios acumulados por los demás (Bandura, 1971b). Las discrepancias desfavorables entre los resultados observados y los experimentados tienden a crear descontento, si bien los individuos se sentirán satisfechos con recompensas limitadas mientras sean tan buenas, o mejores, que las que otros estén percibiendo.

Como la mayoría de las personas se sienten relativamente privadas no recurren a la acción violenta, las privaciones aversivas contribuyen a que ocurra la agresión en interacción con otros móviles, y no como determinante independiente. Gurr (1970) examinó tres determinantes de la magnitud de los desórdenes civiles. Se incluyeron entre estos el nivel de descontento social, la aceptación tradicional de la fuerza táctica para lograr reformas deseadas, y el balance de poder coercitivo entre el régimen y sus oponentes. En formas menos extremas de agresión colectiva, la aceptación de tácticas coactivas y poder de la misma naturaleza fueron igualmente determinantes vigorosos, mientras que las variaciones de descontento tuvieron menos efectos. El descontento generalizado, al combinarse con el poder coactivo disidente, surge con fuerza entre los determinantes más importantes de la violencia revolucionaria.

La respuesta a la privación injusta es influida más, entre otros factores, por la justificación social y la promesa de reformas sociales. Considerando la interacción compleja de influencia, es harto

sorprendente que el nivel de privación solo, ya definido en términos absolutos o ya relativos, sea un mal predictor de la agresión colectiva (McPhail, 1971).

Obstaculización de la conducta dirigida, a una meta. Los expositores de la teoría de la agresión-frustración definen a esta última en función de la interferencia u obstaculización de las actividades de búsqueda de una meta. Desde este punto de vista, las personas resultan provocadas para agredir cuando se ven obstruidas, demoradas u obstaculizadas de cualquier otra manera al tratar de obtener lo que desean. La investigación de este problema muestra que la obstaculización puede hacer que la persona intensifique sus esfuerzos que, si son lo suficientemente vigorosos, pueden resultar de carácter agresivo. No obstante, la obstaculización no provoca acciones de ataque en las personas que no han pasado por la experiencia de suficiente reforzamiento positivo como para que hayan adquirido expectativas de recompensa, ni tampoco en aquellas en que han estado tan bloqueadas de la meta que ésta parezca inalcanzable (Bandura y Walters, 1963; Longstreth, 1966).

En aquellos casos en que la obstaculización provoca agresión, ésta quizá sea más atribuible al insulto personal que hay de por medio que al bloqueo de la conducta que se está emitiendo en ese momento. De acuerdo con esta interpretación, la gente informa de más agresiones en contra de obstaculizaciones que parecen injustificadas que cuando sí existen razones, aunque en ambos casos intervengan idénticos bloqueos de una conducta encaminada a una meta (Cohén, 1955; Pastore, 1952).

La totalidad de los testimonios con respecto a las formas diferentes de instigadores aversivos apoya la conclusión de que los antecedentes aversivos, aunque varíen en sus potenciales de activación son condiciones facilitadoras pero no necesarias ni suficientes de la agresión.

Móviles de incentivos

La discusión precedente se ocupó exclusivamente de la agresión motivada aversivamente que ocupa un lugar preeminente en la teoría psicológica, aunque no así en el terreno de lo empírico. La capacidad cognoscitiva de los humanos para representarse consecuencias futuras los ayuda a guiar sus conductas mediante

resultados que se proyectan en el tiempo. Gran cantidad de agresión humana es, de hecho, impulsada por consecuencias positivas antevistas. Aquí, el instigador es el “jalón” de la recompensa esperada, antes de que el “empujón” del tratamiento doloroso. Esta fuente positiva de motivación para la agresión representa el segundo componente del análisis motivacional descrito gráficamente en la figura 11.3.

Las consecuencias que la gente prevé con respecto a sus acciones se derivan de las condiciones de reforzamiento que prevalecen y, por tanto, suelen corresponder a éstas. La activación anticipatoria poderosa y el control de reforzamiento de la agresión se tratarán con mayor detalle posteriormente; sin embargo, debiera notarse que la expectación y la realidad no coinciden siempre porque los resultados previstos también son, en parte, inferidos de las consecuencias observadas en los demás, de lo que uno lee o escucha, y de muchos otros indicios que en la experiencia pasada fueron predictores confiables de resultados probables. Ya que los juicios son falibles, las acciones agresivas son impulsadas a veces, y sostenidas temporalmente, por consecuencias previstas erróneas. Los agresores habituales, por ejemplo, se equivocan a menudo al sobreestimar las probabilidades de éxito que atribuyen a sus conductas atentatorias (Claster, 1967) . En la protesta colectiva, las acciones coercitivas se sostienen parcialmente aun frente a consecuencias punitivas por la expectativa de que la presión continuada producirá a la larga reformas sociales.

Control instruccional

Durante el proceso de socialización, la gente es enseñada a obedecer órdenes. Recompensando la obediencia a los mandatos y castigando el incumplimiento a los mismos, las órdenes terminan por adquirir poder suscitador. Establecida esta forma de control social, las autoridades legítimas pueden ordenar y lograr que los demás agredan, especialmente cuando las acciones se presentan como justificadas y necesarias, y cuando los agentes poseen gran poder coercitivo. Como Snow (1961) observó inteligentemente: “Cuando piense usted en la larga y tenebrosa historia de la humanidad, se dará cuenta de que se han cometido crímenes más terribles en

nombre de la obediencia que en nombre de la rebelión” (pág. 24). En sus estudios de la agresión por obediencia, Milgram (1963) demostró que adultos bien intencionados administraban choques eléctricos cada vez más intensos cumpliendo órdenes, a pesar de las desesperadas súplicas de las víctimas. Los adultos hallan difícil conducirse en contra de las presiones de sus compañeros que exigen de los primeros acciones cada vez más perjudiciales, de la misma manera que son refractarios a desafiar la autoridad legítima (Milgram, 1964). Observar que otros ponen en ejecución órdenes primitivas con toda sangre fría aumenta también la agresión por obediencia (Powers y Green, 1972).

Es relativamente fácil herir a una persona cumpliendo órdenes, cuando los sufrimientos de ésta no son visibles y cuando las acciones causales parecen estar física o temporalmente remotas de los efectos nocivos. Ciertas formas de guerra mecanizada, donde puede darse muerte a gran número de gente liberando remotamente fuerzas destructivas, ilustra este tipo de agresión despersonalizada. Por otra parte, cuando las consecuencias lesivas de las acciones de uno son del todo evidentes, el dolor suscitado vicariamente y la pérdida del respeto a sí mismo sirven de influencia restrictiva sobre la conducta agresiva que, por otra parte, está sancionada autoritariamente. Milgram (1965) logró atenuar la obediencia a medida que las consecuencias perjudiciales de acciones punitivas se volvían cada vez más notorias y personalizadas. Los resultados de estos y otros estudios que se citarán posteriormente muestran que se requieren condiciones sociales específicas en lugar de monstruos humanos para que se cometan actos nefandos.

El control ilusorio

Además de los diversos instigadores externos, la conducta agresiva puede quedar sometida a control simbólico grotesco. Cada cierto tiempo ocurren episodios trágicos en que, impulsados por creencias ilusorias, hay individuos que cometen actos de violencia. Algunos obedecen voces divinas interiores que los instan a cometer asesinatos. Otros se sienten instigados a realizar ataques defensivos bajo el impulso de sospechas paranoicas de que los demás están conspirando para destruirlos (Reich y Hepps, 1972). Y otros más

todavía son urgidos por convicciones de grandiosidad, y se sienten depositarios de la heroica responsabilidad de eliminar a individuos maléficos, que detentan posiciones de poder.

En un estudio de asesinatos de presidentes (Weisz y Taylor, 1970) se demuestra que, con una excepción, todos los magnicidios se cometieron en parte bajo control ilusorio. Los asesinos obraron ya sea por mandato divino, alarmados de que el presidente estuviese dentro de una conspiración con agentes extranjeros para derrocar al gobierno, o con la convicción de que sus propias adversidades eran resultado de persecuciones ordenadas por el presidente. De conductas anormalmente retraídas, los asesinos escudaron efectivamente sus creencias erróneas detrás de influencias que los obligaban a corregir una cierta situación.

CONDICIONES DE MANTENIMIENTO

El tercer rasgo principal del modelo de aprendizaje social es el relativo a las condiciones que mantienen el responder agresivo. Prolongadas investigaciones psicológicas han fundamentado que la conducta está controlada extensamente por sus consecuencias. Este principio se aplica igualmente a la agresión. Los modos agresivos de responder, como otras formas de conducta social, pueden ser inducidos, eliminados y restablecidos con sólo alterar los efectos que producen (Bandura, 1963).

La gente agrede por muchas razones diferentes. Acciones agresivas, esencialmente iguales, pueden tener así valor funcional marcadamente diferente en individuos distintos, y también el mismo individuo en diferentes ocasiones.

En las teorías tradicionales, las influencias del reforzamiento se confinan extensamente a los efectos de resultados externos que inciden directamente sobre quien ejecuta la conducta. La teoría del aprendizaje social, por otra parte, distingue tres formas de control del reforzamiento: se incluyen entre éstas la influencia del reforzamiento directo, el reforzamiento vicario u observado y el autorreforzamiento.

Reforzamiento externo directo

La agresión es fuertemente influida por sus consecuencias directas, las cuales adoptan muchas formas. Las recompensas extrínsecas adquieren importancia especial en la agresión interpersonal porque tal conducta, por su propia naturaleza, origina comúnmente cierto precio doloroso. La persona que se lance a pelear sufrirá algunas lesiones aunque a la larga triunfe sobre su antagonista. En condiciones no coercitivas, se necesitan incentivos positivos para vencer las inhibiciones que surgen de los concomitantes aversivos de la agresión.

Recompensas tangibles. La gente recurre frecuentemente a las acciones agresivas porque de esta manera asegura ciertas recompensas tangibles y deseadas. Animales ordinariamente dóciles lanzarán ataques que les produzcan comida o bebida (Azrin y Hutchinson, 1967; Ulrich, Johnston, Richardson y Wolff, 1963). Al observar interacciones infantiles se descubre que aproximadamente el 80% de los actos de agresión les produce consecuencias reforzantes (Patterson, Littman y Bricker, 1961). Dado este nivel, sorprendentemente elevado, de reforzamiento positivo resultante de la conducta agresiva, no hay necesidad de recurrir a ninguna pulsión agresiva para explicar el predominio de tales acciones. La conducta agresiva es especialmente persistente cuando se le refuerza tan solo de manera intermitente, que es el caso común en las condiciones variables de la vida cotidiana (Walters y Brown, 1963).

Hay otras formas de agresión que son sostenidas por sus consecuencias materiales aunque, por razones obvias, difíciles de analizar sistemáticamente. Los delincuentes y los transgresores adultos, por ejemplo, pueden mantener costosos hábitos de drogadicción con ingresos provenientes de prácticas agresivas; los manifestantes pueden, con violentas respuestas colectivas, obtener reformas sociales que afecten sus vidas en aspectos materiales; y las naciones a veces son capaces de controlar valiosos territorios a través de la guerra.

Recompensas sociales y de estatus. Hay conductas agresivas que se mantienen porque con ellas se ganan recompensas de aprobación y de estatus. Por eso las personas encargadas de realizar acciones punitivas en contra de los demás se vuelven más agresivas, pero

muestran niveles relativamente bajos de agresión cuando no se les considera dignas de elogio (Geon y Stonner, 1971; Staples y Walters, 1964). Las respuestas agresivas, cuando son reforzadas socialmente, no tan solo aumentan de frecuencia, sino que el reforzamiento tiende, además, a incrementar otras formas de agresión (Geen y Pigg, 1970; Loew, 1967).

Los análisis del reforzamiento social de la conducta agresiva en ambientes naturales concuerdan en general con los resultados de los estudios de laboratorio. Los padres de niños agresivos por lo general no permiten que sus hijos manifiesten conductas agresivas en el hogar, pero perdonan, alientan activamente y refuerzan los actos de provocación y agresión que cometen con otras personas de la comunidad (Bandura, 1960; Bandura y Walters, 1969). En las pandillas, los miembros adquieren estatus y reconocimiento por sus destrezas para pelear (Short, 1968). En tiempos de guerra, sociedades, por otra parte magnánimas, ofrecen medallas, ascensos y encomios sociales por la destreza para matar. En la estructura nazi de reforzamiento, en donde esclavizar y exterminar minorías raciales era considerado acto meritorio y de patriotismo, los ascensos en los campos de concentración se lograban, en parte, según la destreza que se tuviese para cometer asesinatos masivos. Los comandantes de esos campos comparaban orgullosamente sus tarifas de ejecuciones como si fuesen cifras de producción industrial (Andrus, 1969).

Para que las atrocidades de los nazis no sean descartadas como el producto anómalo de un sistema social trastornado, debe hacerse notar que personas, por otra parte socializadas, pueden ser llevadas a conducirse brutalmente y a enorgullecerse de sus acciones cuando se implantan prácticas de reforzamiento que promueven formas inhumanas de conducta (*San Francisco Chronicle*, 1970).

Mitigación del tratamiento aversivo. A menudo, la gente se ve sometida a tratamiento lesivo del cual trata de liberarse. Aunque sólo transitoriamente, la acción coercitiva, cuando no es demasiado arriesgada, es la forma más directa y rápida de mitigar las condiciones adversas. Las formas defensivas de la agresión son reforzadas a menudo por la capacidad que tienen para hacer concluir tratamientos humillantes y dolorosos. El reforzamiento por reducción del dolor está bien documentado en los estudios citados anteriormente, en donde se demuestra que los niños agredidos

sistemáticamente pero que logran terminar con el maltrato mediante contrataques exitosos terminan por volverse extremadamente agresivos (Patterson, Littman y Bricker, 1967).

En el análisis del aprendizaje social, la agresión defensiva se mantiene en mayor grado por consecuencias previstas que por sus efectos instantáneos. La gente soportará represalias si espera que, agrediendo, terminará por suprimir las condiciones nocivas. Las acciones agresivas pueden mantenerse también parcialmente ante contrataques dolorosos, mediante el precio previsto de la timidez. En círculos orientados hacia la agresión, el fracaso al retener agresiones puede suscitar el temor de agresiones y humillaciones futuras. Por tanto, una golpiza puede ser mucho menos aflictiva que el repetido escarnio social o el menosprecio de sí mismo. En otras palabras, los seres humanos no se comportan como autómatas gobernados tan solo por la retroalimentación de la respuesta inmediata. En condiciones aversivas, y al menos por cierto tiempo, la gente persistirá en conducirse agresivamente aunque esto le ocasione dolor inmediato, pero también la perspectiva de liberarse de la miseria.

Expresiones del daño. Los exponentes de las teorías de la pulsión sostienen que el propósito de la agresión es lesionar. Se supone, por consiguiente, que la conducta agresiva es reforzada por los signos de sufrimiento que manifiesta la víctima. De acuerdo con Sears, Maccoby y Levin (1957) los" indicios de dolor adquieren características de recompensa porque se asocian repetidamente con el alivio de la tensión y la supresión de frustraciones. Feshbach (1970), por otra parte, interpreta el valor recompensante de las expresiones de dolor en función de procesos de autoestimación. Percibir el dolor en los atormentadores de uno es experiencia satisfactoria, pues la represalia triunfante restaura la autoestimación del agresor.

Punto de vista contrastante con los anteriores es el de que los signos de sufrimiento funcionan ordinariamente como inhibidores y no como reforzadores positivos de la conducta agresiva. Por los peligros potenciales que entraña la violencia, todas las sociedades castigan los actos crueles y destructivos, salvo en circunstancias especiales. En el proceso de socialización, la mayor parte de la gente adopta las normas sociales para evaluarse a sí misma, y tales normas

consideran que la agresión despiadada es moralmente reprobable. En consecuencia, la agresión que produce sufrimiento en los demás suscita por igual miedo a la represalia y reprobación de sí mismo, lo cual tiende a inhibir los ataques.

Los estudios que tratan de la manera cómo las expresiones de dolor influyen en los ataques a víctimas que sufren apoyan el punto de vista inhibitorio. Los atacantes se conducen menos agresivamente cuando sus víctimas lanzan gritos de angustia que cuando padecen en silencio (Barón, 1971a, 1971b; Geen, 1970). Al contrario de lo que se afirma en la teoría de la pulsión los indicios de dolor reducen la agresión independientemente de que el atacante esté encolerizado o no. La gente se muestra todavía menos dispuesta a comportarse con crueldad cuando contempla el sufrimiento de sus víctimas que cuando solamente escucha el dolor que ha ocasionado con sus conductas (Milgram, 1965).

El alcance de los tratamientos experimentales y las poblaciones estudiadas son demasiado limitados como para garantizar la conclusión de que las expresiones de dolor no sirven nunca como reforzadores positivos de la conducta agresiva. El insulto gratuito proferido por un extranjero dentro de un laboratorio tal vez no origine la animosidad suficiente como para que la víctima obtenga satisfacción tomando represalias. Asunto muy diferente es el del antagonista que tiraniza repetidamente a los demás o maneja su poder de modo que les hace la vida miserable. En tales casos, la noticia de que el opresor ha sufrido alguna desgracia, una enfermedad seria o ha fallecido llena de alegría a personas que ordinariamente responden con más compasión a las adversidades que sobrevienen a los demás; sin embargo, antes que el sufrimiento del opresor, es el alivio del tratamiento aversivo la fuente primaria de satisfacción. En investigaciones experimentales la expresión de dolor ocurre sin las demás recompensas externas que acompañan a la victoria.

Desde el punto de vista de la teoría del aprendizaje social, el sufrimiento del enemigo de uno es menos satisfactorio cuando el daño sufrido por éste alivia las molestias de los agresores o los beneficia de cualquier otra manera. Cuando los agresores son víctimas de represalias o de menosprecio por hacer daño a los demás, sus signos de sufrimiento funcionan como reforzadores negativos que disuaden de que se les ataque.

En ciertas condiciones las expresiones de dolor pueden adquirir propiedades de reforzadores positivos. Pueden citarse ejemplos de prácticas sociales en que los usuarios del poder consideran dignos de alabanza los actos de crueldad extrema. Tales contingencias de reforzamiento grotesco pueden crear gentes que se complazcan en infligir dolores y humillaciones a los demás. Algunas de las ilustraciones más terribles de este fenómeno proceden del juicio de Nuremberg. Rudolf Hess, primer comandante de Auschwitz, por ejemplo, tenía una ventana que daba a una cámara de gas y a través de la cual contemplaba las horribles masacres (Andrus, 1969). Al mismo tiempo, los estudios clínicos de la perversión sexual han descubierto casos en que los indicios de dolor adquieren poderoso valor recompensante por la asociación repetida con la satisfacción sexual. A resultas de ello, el placer erótico se deriva de infligir dolor a los demás o a uno mismo.

No hay bases conceptuales ni empíricas para considerar que la agresión mantenida por ciertos reforzadores sea más genuina e importante que otra. Una teoría totalizadora debe explicar todas las acciones agresivas cualesquiera que sean los propósitos de éstas. Restringir el análisis de la agresión a conductas que son reforzadas por expresiones de dolor es excluir algunas de las actividades más violentas en que el daño es concomitante inevitable en lugar de función principal de la conducta.

Igualmente se pone en tela de juicio la distinción tradicional entre agresión “instrumental”, que supuestamente está destinada a asegurar recompensas externas, y agresión “hostil”, cuyo único propósito es, presumiblemente, fingir dolor (Feshbach, 1970). Como en todos los casos la conducta es instrumental, pues produce ciertos resultados deseados, ya sea dolor, ya recompensas de estatus, ya ganancia material, sería más preciso designar las conductas agresivas en términos de sus valores fundamentales en lugar de hacerlo sobre la base de si son o no instrumentales.

Reforzamiento vicario

La gente observa repetidamente las acciones de los demás y las ocasiones en que son recompensados, pasados por alto o castigados. Los resultados observados influyen en la conducta casi de la misma

manera que las consecuencias experimentadas directamente (Bandura, 19716; Kanfer, 1965). La gente se beneficia, pues, con los éxitos y los errores de los demás lo mismo que con sus propias experiencias. En general, observar que la agresión es acto recompensado en otros incrementa la tendencia a conducirse de maneras igualmente agresivas, de la misma forma que observar que aquellos son castigados atenúa dicha tendencia (Bandura, 1965; Bandura, Ross y Ross, 1963b). Cuanto más consistentes sean las consecuencias de las respuestas observadas, tanto mayores serán los efectos facilitatorios e inhibitorios de los observadores (Rosekrans y Hartup, 1967). El reforzamiento vicario produce sus efectos conductuales a través de varios mecanismos (Bandura, 19716). Las consecuencias de respuesta que se acumulan en los demás, transmiten a los observadores información sobre los tipos de acciones que probablemente sean aprobadas o reprobadas y las condiciones específicas en que es propio ejecutarlas; pero el reforzamiento observado es algo más que informativo. Contemplar el éxito de los demás puede funcionar como un motivador, suscitando en los demás las expectativas de que éstos podrían obtener recompensas semejantes por ejecuciones análogas. Algunos de los cambios de responsividad pueden reflejar también el condicionamiento o la extinción vicarios de temores a través de las consecuencias afectivas que se acumulan en los modelos. En realidad, la función disuasiva del sistema jurídico se funda en la función restrictiva de los castigos ejemplares (Packer, 1968). Además de los efectos mencionados, la forma de valorar ciertas personas puede alterarse significativamente con sólo observar sus interacciones de recompensa y de castigo.

Hay diversos factores sociales que pueden alterar considerablemente los efectos habituales de las consecuencias observadas. Modelos y observadores difieren a menudo de maneras perceptibles, de modo que una conducta considerada aceptable por uno, tal vez sea castigable por el otro, según diferencias de sexo, edad y estatus social. Cuando la misma conducta produce consecuencias desiguales en miembros diferentes, la recompensa observada acaso no eleve el nivel de agresividad imitativa (Thelen y Soltz, 1969).

En ciertas circunstancias, el castigo observado eleva en lugar de disminuir la agresión. Cuando los agentes sociales hacen mal uso de

su poder para recompensar y castigar minan la legitimidad de su autoridad y originan fuertes resentimientos. Ver castigos injustos, en lugar de promover el cumplimiento, puede provocar que observadores exasperados dejen de censurar sus propias acciones y, con ello, se incrementan sus conductas agresivas. En realidad, los líderes de los movimientos de protesta tratan a veces de ganar partidarios a su causa seleccionando tácticas agresivas, calculadas para que las autoridades ejerzan acciones represivas.

Ordinariamente, el castigo observado tiende a devaluar tanto al modelo como a su conducta, mientras que este mismo adquiere cualidades dignas de ser emuladas cuando sus acciones son recompensadas; sin embargo, un agresor puede ganar en lugar de perder estatus, ante los ojos de sus compañeros, cuando es castigado por un estilo de conducta tenido en alto valor por el grupo o cuando aquél agrede las prácticas sociales que violan los valores profesados por esa sociedad. Por esta razón es que las autoridades son comúnmente muy cuidadosas y procuran no aplicarles a los disidentes castigos que puedan convertirlos en mártires.

La forma en que un agresor responde a las consecuencias de su conducta* puede, influir también en la manera cómo los observadores reaccionen después, cuando sean recompensados por emitir respuestas semejantes. Dietrichs, Simón y Greene (1967) informaron de que niños que habían observado modelos que expresaban cada vez mayor hostilidad hacia la aprobación social, incrementaron posteriormente su propia producción de respuestas hostiles bajo reforzamiento positivo; sin embargo, cuando los modelos dieron muestras de disidencia, reduciendo respuestas hostiles que les procuraban elogios o cuando reaccionaron al azar como si no estuviesen sometidos a ninguna influencia, los observadores no aumentaron sus expresiones de hostilidad aunque se les elogiara siempre que se condujeran de esta manera. Así pues, la susceptibilidad al reforzamiento directo se incrementó con la responsividad voluntaria observada, pero se redujo por la resistencia también observada.

Autorreforzamiento

Una teoría que considerase la ejecución de la agresión únicamente en términos de recompensas y castigos externos sería incompleta,

pues los seres humanos pueden —y efectivamente así lo hacen— regular en cierto grado sus propias acciones por las consecuencias producidas por ellos mismos. Hacen cosas que les procuran satisfacciones y sentimientos de dignidad; y se abstienen de conducirse de maneras que produzcan críticas a sí mismos o cualesquier otras consecuencias de auto- menosprecio. Por causa de estas tendencias autorreactivas, los agresores deben luchar consigo mismos de la misma manera que con los demás cuando se conducen de modo lesivo.

Autorrecompensa por agresión

Pueden distinguirse varias maneras en que las consecuencias auto-generadas intervienen, en la autorregulación de la conducta agresiva. En un extremo, están los individuos que han adoptado códigos de autorreforzamiento que hacen de la conducta agresiva una fuente de orgullo personal. Tales individuos se empeñan con prontitud en actividades agresivas y, de posteriores conquistas físicas, obtienen sentimientos acrecentados de su propio valor (Bandura y Walters, 1959; Toch, 1969).

Carentes de represiones en contra de sus conductas dañinas, una de las pocas cosas que pueden disuadirlos de cometer actos de crueldad son las amenazas de represalias; pero los sistemas morales idiosincrásicos no se limitan a individuos ni a pandillas. En culturas agresivas, en donde el prestigio está íntimamente vinculado a las hazañas de combate, los miembros de ellas se sienten muy orgullosos de sus proezas de agresión.

Autocastigo por agresión

En el curso de la socialización los individuos, en su mayoría, adquieren a través de ejemplos y preceptos sanciones negativas en contra de la conducta cruel. A resultas de esto, se abstienen de realizar agresiones, censurándose por anticipado. No hay castigo más devastador que el automenosprecio.

Los resultados del estudio de Bandura y Walters (1959) revelan la manera cómo la autorreprobación anticipatoria por la agresión repudiada sirve de influencia motivadora para mantener la conducta dentro de los límites que señalan las normas aceptadas.

Los adolescentes que eran compasivos en su trato con los demás respondieron con autodesaprobación, remordimiento e intentos de reparar daños aun cuando sus actividades agresivas fueran de naturaleza secundaria. En contraste con esto, los muchachos agresivos experimentaron relativamente pocas reacciones provocadas por ellos mismos en lo que se refiere a sus actividades agresivas de efectos más graves.

Neutralización de la autocondenación por agresiones

Independientemente de la víctima o de las circunstancias en que se haya realizado la agresión, el autor de ésta rara vez se castiga o recompensa a sí mismo, uniformemente. Realizando prácticas de absolverse a sí mismo, la gente de moral humanista puede conducirse con crueldad y sin autocondenarse. La propia exoneración adopta formas muy diferentes.

Atenuación de la agresión por comparación ventajosa. Práctica muy extendida es la de disminuir los alcances de las propias acciones agresivas comparándolas con hechos más nefandos. Los responsables norteamericanos de la guerra asiática y sus ardientes partidarios, por ejemplo, sutilizaron la matanza de incontables indochinos atribuyéndola a medidas necesarias para contrarrestar la esclavitud comunista. Dada la definición benevolente de las prácticas destructivas, los agresores permanecieron impertérritos ante el hecho de que los presuntos beneficiarios eran exterminados en proporción alarmante. Los disidentes radicales, por otra parte, definieron sus propias violencias como insignificantes, e incluso loables, comparándolas con la enorme matanza por los norteamericanos en el sudeste de Asia.

Justificación de la agresión en función de principios más elevados. Una forma íntimamente relacionada con la autovindicación es la de fundamentar la agresión propia en función de valores más elevados. Dados ciertos propósitos suficientemente nobles, casi cualquier forma de agresión puede calificarse de justa. Para tomar un ejemplo histórico, los cruzados cristianos perpetraron devotamente muchas masacres al servicio de elevados principios religiosos. Igualmente en la actualidad la violencia es defendida frecuentemente en nombre de la libertad, la justicia social, la igualdad y el orden civil.

Desplazamiento de la responsabilidad. Puede lograrse que la gente se conduzca de manera agresiva siempre y cuando la autoridad legítima esté dispuesta a asumir la responsabilidad que resulte de tal conducta. Quienes participaron en los estudios sobre la obediencia y que eran disuadidos de intensificar la agresión ordenada al afligirse por el sufrimiento que estaban infligiendo, continuaron aumentando los choques eléctricos hasta niveles peligrosos a pesar de los gritos agonizantes de sus víctimas, después de que el experimentador les aseguró que él sería el responsable absoluto de las consecuencias de sus conductas (Milgram, 1963). La responsabilidad por actos de crueldad no siempre es asumida tan explícitamente, pues nadie quiere salir fiador de ellos. A fin de reducir sus riesgos, los superiores acostumbran incitar y perdonar, insidiosamente, la conducta reprochable de sus subordinados de modo que puedan proclamarse ignorantes de lo que estaba ocurriendo en caso de que lo acontecido llegara a descubrirse y a suscitar la condena de la opinión pública.

Difusión de la responsabilidad. La inmunidad a la autocrítica puede alcanzarse en cierto grado ocultando y difundiendo la responsabilidad por realizar prácticas agresivas. En la agresión colectiva hay muchas tareas que necesitan el apoyo de un aparato organizativo. La departamentalización de las actividades destructivas contribuye de diversos modos a reducir el sentido de responsabilidad personal de los activistas. A través de la división del trabajo, la división de la toma de decisiones y la acción colectiva, las personas pueden participar en prácticas crueles y en derramamiento de sangre sin sentirse personalmente responsables o llenas de desprecio a sí mismas por haber tomado parte.

Deshumanización de las víctimas. Otra manera de protegerse en contra del desprecio a sí mismo consiste en deshumanizar a la víctima. A los elegidos como blancos se les despoja a menudo de cualidades humanas considerándolos no individuos sensibles, sino objetos estereotipados que llevan etiquetas degradantes como “los indios” o “los negros”. Si con desposeer a las víctimas de cualidades humanas no se logra eliminar completamente el autorreproche, este puede reducirse más todavía atribuyéndoles características infrahumanas y degradantes. Los enemigos se convierten en “degenerados”, “puercos”, y toda otra variedad de seres bestiales.

Luego de que las víctimas han sido desvalorizadas así, ya puede atacárseles cruelmente sin que haya el riesgo de autorreproche.

Atribución de culpa a las víctimas. Atribuir culpa a las víctimas es otro expediente más al que puede recurrirse para mitigar los remordimientos propios. En este proceso, los agresores se ven a sí mismos como personas de buena voluntad pero forzadas a realizar ataques en contra de adversarios infames. Las víctimas son acusadas de acarrearle sufrimientos a sí mismas, ya sea por sus defectos de carácter o por sus conductas necias y provocativas. Los observadores de la caída de las víctimas pueden ser afectados casi de la misma manera que los agresores. Ver que las víctimas padecen un tratamiento punitivo del que son responsables parcialmente hace que los observadores las desvaloricen (Lerner, 1971; Piliavin, Hardyck y Vadum, 1967). La indignación que se suscita al adscribir culpabilidad proporciona, a su vez, apoyo moral para que los agresores cometan actos todavía más brutales.

Falseamiento de las consecuencias. Después de ejecutada la agresión, hay todavía otros recursos para mitigar la culpa propia, los cuales operan principalmente por tergiversación de las consecuencias de las acciones de uno. Cuando las personas son inducidas a conducirse de modos que desaprueban, en condiciones en que han tenido alguna oportunidad de elegir, tienden a reducir al mínimo las consecuencias lesivas y a invocar los beneficios potenciales, pero no los daños de sus maniobras agresivas (Brock y Buss, 1962). Mientras se pasen por alto los daños o se les reste importancia, los agresores tendrán poca razón para tener reacciones de autocensura.

Desensibilización graduada. Las prácticas mencionadas anteriormente no transformarán instantáneamente a personas amables en agresores brutales. Lejos de ello, el cambio se logra comúnmente por un proceso de desensibilización gradual, en que los participantes no reconocen totalmente los cambios marcados que han sufrido. En un principio, los individuos son inducidos a realizar actos agresivos que pueden tolerar sin remordimientos excesivos. Después de que, por la ejecución repetida, se les extinguen el malestar y el autorreproche, el nivel de agresión se aumenta de manera progresiva hasta que, por último, pueden, sin afligirse demasiado, cometer actos infames, que originalmente consideraban

aberraciones. Ejemplos tomados de las atrocidades militares o de la violencia política comunican la impresión de que la autorización de la crueldad humana ocurre exclusivamente en circunstancias extraordinarias. La verdad es que sucede todo lo contrario. La gente decente, bajo una máscara de autoexoneración, realiza muchas prácticas sociales que causan graves daños, de manera rutinaria y con propósitos lucrativos.

Se supone comúnmente que la violencia se previene mejor inculcando principios morales y sentimientos de camaradería en los individuos. Las asociaciones de amigos sirven para que los miembros de ellas inhiban sus tendencias agresivas ante la provocación de fuentes externas (Davitz, 1952; Wright, 1942).

Con todo, de la misma manera que los principios morales elevados pueden servir para justificar actividades despiadadas, los vínculos positivos pueden aumentar la agresividad en ciertas condiciones. El apoyo mutuo que brinda la amistad íntima reduce las restricciones en contra de la agresión a un amigo común. Como lo demostró Wright (1942), los amigos íntimos cometen más abusos con sus enemigos que los grupos con lazos de amistad más débiles.

Dada la gran variedad de mecanismos de autoabsolución, una sociedad no puede confiar en que sus individuos ennoblezcan sus convicciones, para protegerse en contra de hechos brutales. De la misma manera que la agresión no arraiga en el individuo, tampoco el control de aquella reside solamente allí. La humanidad requiere, además de códigos benevolentes de autorreforzamiento, sistemas de reforzamiento social que apoyen continuamente la conducta compasiva y desalienten la crueldad.

Como en muchos otros problemas a los que se enfrenta el hombre, no hay aquí ningún gran proyecto único, con cuya realización se disminuya el nivel de destructividad dentro de una sociedad. Es preciso que así el individuo como el grupo emprendan acciones destinadas a cambiar las prácticas de los sistemas sociales. Como la agresión no es un aspecto inevitable o inmutable del hombre, sino un producto de condiciones que fomentan la agresión, las cuales operan dentro de una sociedad, la teoría del aprendizaje social sostiene una concepción más optimista de la capacidad del hombre para reducir su nivel de agresividad. Los avances que vengán en la comprensión de los procesos de cambio incrementarán

la probabilidad de que el hombre utilice esta capacidad de manera benéfica y no con fines destructivos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Andrus, B. C. *The infamous of Nuremberg*. London: Fravin, 1969.
- Azrin, N. Pain and aggression. *Psychology Today*, 1967, 1, 27-33.
- Azrin, N. Punishment of elicited aggression. *Journal of Experimental Analysis of Behavior*, 1970, 14, 7-10.
- Azrin, N. y Hutchinson, R. R. Conditioning of the aggressive behavior of pigeons by a fixed-interval schedule of reinforcement. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 1967, 10, 395-402.
- Azrin, N. H., Hutchinson, R. R., Hake, D. F. Pain-induced fighting in the squirrel monkey. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 1963, 6, 620.
- Baeninger, R. y Grossman, J. C. Some effects of punishment on pain elicited aggression. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 1969, 12, 1017-1022.
- Bandura, A. Relationship of family patterns to child behavior disorders. Progress Report, 1960, Stanford University Project No. M-1734, United States Public Health Service.
- Bandura, A. Social learning through imitation. En la obra de M. R. Jones (dir.). *Nebraska symposium on motivation*, 1962. Lincoln: University of Nebraska Press, 1972, pags. 211-269.
- Bandura, A. Influence of model's reinforcement contingencies on the acquisition of imitative responses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1965, 1, 589-595.
- Bandura, A. *Principles of behavior modification*. Holt, Rinehart y Winston, 1969.
- Bandura, A. Psychotherapy based upon modeling principles. En la obra de E. Bergin y S. L. Garfield (dirs.). *Handbook of psychotherapy and behavior change*. Nueva York: Wiley, 1971a; pags. 653-708.
- Bandura, A. Vicarious and self —reinforcement, processes. En la obra de R. Glasser (dir.). *The nature of reinforcement*. Columbus: Merrill, 1971b.
- Bandura, A. *Social learning theory*. Nueva York: McCaleb-Seiler, 1971c.
- Bandura, A. *Aggression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1973.
- Bandura, A., Grusec, J. E. y Menlove, F. L. Observational learning

as function of symbolization and incentive set. *Child Development*, 1966, 37, 499-506.

Bandura, A. y Mischel, W. Modification of self-imposed delay of reward through exposure to live and symbolic models. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1965, 2, 698-705.

Bandura, A., Ross, D. y Ross, S. A. Imitation of film-mediated aggressive models. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1963,a, 66, 3-11.

Bandura, A., Ross, D. y Ross, S. A. Vicarious reinforcement and imitative learning. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1963b, 67, 601-607.

Bandura, A. y Walters, R. H. *Adolescent aggression*. Nueva York: Ronald, 1959.

Bandura, A. y Walters, R. H. *Social learning and personality development*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1963.

Baron, R. A. Magnitude of victim's pain cues and level of prior anger arousal as determinants of adult aggressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1971a, 17, 236-243.

Baron, R. A. Aggression as a function of magnitude of victim's pain cues, level of prior anger arousal, and aggressor-victim similarity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1971, 18, 48-54.

Bateson, G. *The Naven*. Stanford: Stanford University Press, 1936.

Berkowitz, L. The concept of aggressive drive: Some additional considerations. En la obra de L. Berkowitz (dir.). *Advances in experimental social psychology*; vol. II. Nueva York: Academic Press, 1965, pags. 301-329.

Berkowitz, L. The contagion of violence: An S-R mediational analysis of some affects of observed aggression. En la obra de W. J. Arnold y M. M. Page (dirs.). *Nebraska symposium on motivation*, 1970. Lincoln, Neb.: University of Nebraska Press, 1970, pags. 95-135.

Brock, T. C. y Buss, A. H. Dissonance, aggression, and evaluation of pain. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1962, 65, 197-202.

Brock, T. C. y Buss, A. H. Effects of justification for aggression and communication with the victim on postaggression dissonance. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1964, 68, 403-412.

Caplan, N. S. The new ghetto man: A review of recent empirical studies. *Journal of Social Issues*, 1970, 26, 59-73.

Claster, D. S. Comparison of risk perception between delinquents and non delinquents. *Journal of Criminal Law, Criminology, and*

Police Science, 1967, 58, 80-86.

Cohen, A. R. Social norms, arbitrariness of frustration, and status of the agent of frustration in the frustration-aggression hypothesis. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1955, 51, 222-226.

Crawford, T. y Naditch, M. Relative deprivation, powerlessness, and militancy: The psychology of social protest. *Psychiatry*, 1970, 33, 208-223.

Chagnon, N. *Yanomamo: The fierce people*. Nueva York: Rinehart y Winston, 1968.

Davies, J. C. The J-curve of rising and declining satisfactions as a cause of some great revolutions and a contained rebellion. En H. D. Graham y T. R. Gurr (dirs.). *Violence in America: Historical and comparative perspectives*; vol. II. Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1969, págs. 547-576.

Davitz, J. R. The effects of previous training on postfrustration behavior. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1952, 47, 309-315.

Dietrichs, R., Simon, S. y Greene, B. Effect of vicarious scheduling on the verbal conditioning of hostility in children. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1967, 6, 71-78.

Edwards, N. L. Aggressive expression under threat of retaliation. Tesis doctoral inédita, University of Iowa, 1967.

Feshbach, S. Aggression. En la obra de P. H. Mussen (dir.). *Carmichael's manual of child psychology*; vol. II. Nueva York: Wiley, 1970, págs. 159-259.

Gardner, R. y Heider, K. G. *Gardens of war*. Nueva York: Random House, 1968.

Geen, R. G. Perceived suffering of the victim as an inhibitor of attack-induced aggression. *Journal of Social Psychology*, 1970, 81; págs. 209-216.

Geen, R. G. y Pigg, R. Acquisition of an aggressive response and its generalization to verbal behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1970, 15, 165-170.

Geon, R. G. y Stonner, D. Effects of aggressiveness habit strength on behavior in the presence of aggression-related stimuli. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1971, 17, 149-153.

Ginsburg, B. y Allee, W. G. Some effects of conditioning on social dominance and subordination in inbred strains of mice. *Physiological Zoology*, 1942, 15, 485-506.

Glueck, S. y Glueck, E. *Unraveling juvenile delinquency*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1950.

Goranson, R. E. Media violence and aggressive behavior: A review of experimental research. En la obra de L. Berkowitz (dir.). *Advances in experimental social psychology*; vol. 5. Nueva York: Academic Press, 1970; págs. 2-31.

Gurr, T. R. Sources of rebellion in Western societies: Some quantitative evidence. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 1970, 391, 128-144.

Hartmann, D. P. Influence of symbolically modeled instrumental aggression and pain cues on aggressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1969, 11, 280-288.

Hoffman, M. L. Power assertion by the parent and its impact on the child. *Child Development*, 1960, 31, 129-143.

Hutchinson, R. R., Ulrich, R. E. y Azrin, N. H. Effects of age and related factors on the pain-aggression reaction. *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 1965, 59, 365-369.

Johnson, A. M. y Szurek, S. A. The genesis of antisocial acting out in children and adults. *The Psychoanalytic Quarterly*, 1952, XXI, 323.

Kahn, M. W. The effect of severe defeat at various age levels on the aggressive behavior of mice. *Journal of Genetic Psychology*, 1951, 79, 117-130.

Kanfer, F. H. Vicarious human reinforcement: A glimpse into the black box. En la obra de L. Krasner y L. P. Ullman (dir.). *Research in Behavior modification*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1965, págs. 244-267.

Knutson, J. F. Aggression during the fixed-ratio and extinction components of a multiple of reinforcement. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 1970, 13, 221-231.

Lerner, M. K. Observer evaluation of a victim : Justice, guilt, and veridical perception. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1971, 20, 127-135.

Liebertson, S. y Silverman, A. R. The precipitants and underlying conditions of race riots. *American Sociological Review*, 1965, 30, 887-898.

Loew, G. A. Acquisition of hostile attitude and its relationship to aggressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1967, 5, 335- 341.

Logan, F. A. y Boice, R. Aggressive behaviors of paired rodents in an avoidance context, *Behaviour*, 1969, 34, 161-183.

Longstreth, L. E. Distance to goal and reinforcement schedule as determinants of human instrumental behavior. *Proceedings of the*

74th Annual Convention of the American Psychological Association, 1966, 39-40.

McCord, W. y Howard, J. Negro opinions in three riot cities. *American Behavioral Scientist*, 1968, 11, 24-27.

McCord, W., McCord, J. y Zola, I. K. *Origins of crime: A new evaluation of the Cambridge-Somerville Youth Study*. Nueva York: Columbia University Press, 1959.

McPhail, G. Civil disorder participation: A critical examination of recent research. *American Sociological Review*, 1971, 36, 1058-1072.

Madsen, C., Jr. Nurturance and modeling in preschoolers. *Child Development*, 1968, 39, 221-236.

Meyer, T. P. Some effects of real newfilm violence on the behavior of viewers. *Journal of Broadcasting*, 1971, 15, 275-285.

Milgram, S. Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1963, 67, 371-378.

Milgram, S. Group pressure and action against a person. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1964, 69, 137-143.

Milgram, S. Some condition of obedience and disobedience to authority. *Human Relations*, 1965, 18, 57-76.

New York Times. 13 de noviembre de 1966. Youth, 18, slays 4 women and child in beauty school; pág. 1.

Packer, H. L. *The limits of the criminal sanction*. Stanford, California: Stanford University Press, 1968.

Parke, R. D., Berkowitz, L., Leyens, J., West, S. y Sebastian, R. The effects of repented exposure to movie violence on aggressive behavior in juvenile delinquent boys: A field experimental approach. Manuscrito inédito. University of Wisconsin, 1972.

Pastore, N. The role of arbitrariness in the frustration-aggression hypothesis. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1952, 47, 728-731.

Patterson, G. R., Littman, R. A. y Briefer, W. Assertive behavior in children: A step toward a theory of aggression. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 1961, 32, Num. 5 (serie num. 113).

Peterson, R. A. Aggression level as a function of expected retaliation and aggression level of target and aggressor. *Developmental Psychology*, 1971, 5, 161-166.

Piliavin, I., Hardyck, J. y Vadum, A. Reactions to the victim in a just or non-just world. Artículo presentado en la reunion de la Sociedad de Psicología Social Experimental, en Bethesda, Maryland, agosto de 1967.

Powell, D. A. y Creer, T. L. Interaction of developmental and environmental variables in shock-elicited aggression. *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 1969, 69, 219-225.

Powers, P. C. y Geen, R. G. Effects of the behavior and the perceived arousal of a model on instrumental aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1972, 23, 175-183.

Reich, P. y Hepps, R. B. Homicide during a psychosis induced by LSD. *Journal of the American Medical Association*, 1972, 219, 869-871.

Rosekrans, M. A. y Hartup, W. W. Imitative influences of consistent and inconsistent response consequences to a model and aggressive behavior in children. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1967, 7, 429-434.

San Francisco Chronicle. 11 de junio de 1970. A badge for killing; reds.,

pag. 23.

San Francisco Chronicle. Hijacker's slick parachute escape; 26 de noviembre de 1971; pag. 1.

Scott, J. P. y Marston, M. V. Nonadaptive behavior resulting from a series of defeats in fighting mice. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1953, 43, 417-428.

Sears, D. O. y McConahay, J. B. Participation in the Los Angeles riot. *Social Problems*, 1969, 17, 3-20.

Sears, R. R., Maccoby, E. E. y Levin, H. *Patterns of child rearing*, Evanston, 111.: Row, Peterson, 1957.

Short, J. F., Jr. (dir.). *Gang delinquency and delinquent subcultures*. Nueva York: Harper y Row, 1968.

Silver, L. B., Dublin, C. C. y Lourie, R. S. Does violence breed violence? Contributions from a study of the child abuse syndrome. *American Journal of Psychiatry*, 1969, 126, 404-407.

Snow, C. P. Either-or. *Progressive*, 1961, 25 (2), 24-25.

Staples, F. R. y Walters, R. H. Influence of positive reinforcement of aggression on subjects differing in initial aggression level. *Journal of Consulting Psychology*, 1964, 28, 547-552.

Stein, A. H., Friedrich, L. K. y Vondracek, F. Television content and young children's behavior. En J. P. Murray, E. A. Rubinstein y G. A. Comstock (dirs.). *Television and social behavior*; vol. 2. *Television and social learning*. Washington, D. C.: Printing Office, 1972, pags. 202-317.

Steuer, F. B., Applefied, J. M. y Smith, R. Televised aggression and the interpersonal aggression of preschool children. *Journal of*

Experimental Child Psychology, 1971, 11, 442-447.

Tannenbaum, P. H. Studies in film and television-mediated arousal and aggression: A progress report. En la obra de G. A. Comstock, E. A. Rubinstein y J. P. Murray (dirs.). *Television and social behavior*; vol. 5. *Television effects: Further explorations*. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1972; pags. 309-350.

Thelen, M. H., Soltz, W. The effect of vicarious reinforcement on imitation in two social racial groups. *Child Development*, 1969, 40, 879-887.

Toch, H. *Violent Men*. Chicago: Aldine, 1969.

Ulrich, R. E. Pain as a cause of aggression. *American Zoologist*, 1966, 6, 643-662.

Ulrich, R. E. y Azrin, N. H. Reflexive fighting in response to aversive stimulation. *Journal of Experimental Analysis of Behavior*, 1962, 5, 511-520.

Ulrich, R. E., Johnston, N., Richardson, J. y Wolff, P. The operant conditioning of fighting behavior in rats. *Psychological Record*, 1963, 13, 465-470.

Walters, R. H. y Brown, M. Studies of reinforcement of aggression: III. Transfer of responses to an interpersonal situation. *Child Development*, 1963, 34, 563-571.

Weisz, A. E. y Taylor, R. L. American Presidential assassinations. En la obra de D. N. Daniels, M. F. Gilula, y F. M. Ochberg (dirs.). *Violence, and the struggle for existence*. Boston: Little, Brown, 1970; pags. 291-307.

Wheeler, L. Toward a theory of behavioral contagion. *Psychological Review*, 1966, 73, 179-192.

Wheeler, L. y Caggiula, A. R. The contagion of aggression. *Journal of Experimental Social Psychology*, 1966, 2, 1-10.

Whiting, J. W. M. *Becoming a Kwona*. New Haven: Yale University Press, 1941.

Wolfgang, M. E. y Ferracuti, F. *The subculture of violence*. Londres Tavistock Publications, 1967.

Wright, M. E. Constructiveness of play as affected by group organization and frustration. *Character and Personality*, 1942, 11, 40-49.

Zillman, D. Excitation transfer in communications-mediated aggressive behavior. *Journal of Experimental Social Psychology*, 1971, 7, 419- 434.